

Ce ocelotl.
 Ome coautli.
 Ei cozcaquahutli.
 Naui olin.
 Macuil tecpatl.
 Chicoacen quiauitl.
 Chicome xuchitl.
 Chicoci cipactli.

En esta segunda semana vino cipactli á ser octavo día, habiendo sido en la primera primero.

Ce maçatl.
 Ome tochtli.
 Ei atl.
 Naui izcuintli.
 Macuil oçumatli.

Así comienza la tercera semana, en la cual no entra este nombre cipactli; mas maçatl, que fué séptimo día en la primera semana, y no tuvo lugar en la segunda, es el día primero de esta tercera semana. No es más oscura cuenta esta que la nuestra que tenemos, por solas estas siete letras *a, b, c, d, e, f, g*; porque también ellos se mudan y andan de tal manera que la *a*, que fué primer día de un mes, viene á ser el quinto día del otro mes adelante, y al tercer mes es tercero día; y así hacen todas las otras seis letras.

Cuenta de los años

Otra manera muy diversa de la dicha tienen para contar los años, la cual no pasa de cuatro; pero con uno, dos,

tres y cuatro cuentan ciento, y quinientos, y mil, y en fin, todo cuanto es menester y quieren. Las figuras y nombres son tochtli, acatlh, tecpatli, calli, que son conejo, caña, cuchillo, casa; y dicen:

Ce tochtli.	Es un año.
Ome acatlh.	Dos años.
Ei tecpatlh.	Tres años.
Nau calli.	Cuatro años.
Macuil tochtli.	Cinco años.
Chicoacen acatlh.	Seis años.
Chicome tecpatlh.	Siete años.
Chicuei calli.	Ocho años.
Chiconau tochtli.	Nueve años.
Matlactli acatlh.	Diez años.
Matlactlioe tecpatlh.	Once años.
Matlactliome calli.	Doce años.
Matlactlomei tochtli.	Trece años.

Tampoco sube la cuenta más de á trece, que es semana de año, y acaba donde comenzó.

Otra semana

Ce acatlh.	Un año.
Ome tecpatlh.	Dos años.
Ei calli.	Tres años.
Nau tochtli.	Cuatro años.
Macuil acatlh.	Cinco años.
Chicoacen tecpatlh.	Seis años.
Chicome calli.	Siete años.
Chicuei tochtli.	Ocho años.
Chiconau acatlh.	Nueve años.
Matlactli tecpatlh.	Diez años.
Matlactlioe calli.	Once años.

Matlactliome tochtli.	Doce años.
Matlactliomei acathl.	Trece años.

La tercera semana de años

Ce tecpathl.	Un año.
Ome calli.	Dos años.
Ei tochtli.	Tres años.
Nauí acathl.	Cuatro años.
Macuil tecpathl.	Cinco años.
Chicoacen calli.	Seis años.
Chicome tochtli.	Siete años.
Chicuei acathl.	Ocho años.
Chicouaui tecpathl.	Nueve años.
Matlactli calli.	Diez años.
Matlactliome tochtli.	Once años.
Matlactliome acathl.	Doce años.
Matlactliomei tecpathl.	Trece años.

La cuarta semana

Ce calli.	Un año.
Ome tochtli.	Dos años.
Ei acathl.	Tres años.
Nauí tecpathl.	Cuatro años.
Macuil calli.	Cinco años.
Chicoacen tochtli.	Seis años.
Chicome acathl.	Siete años.
Chicuei tecpathl.	Ocho años.
Chiconauí calli.	Nueve años.
Matlactli tochtli.	Diez años.
Matlactliome acathl.	Once años.
Matlactliome tecpathl.	Doce años.
Matlactliomei calli.	Trece años.

Cada semana de estas, que los nuestros llaman indición, tiene trece años, y todas cuatro hacen cincuenta y dos años, que es número perfecto en la cuenta; y es como decir el jubileo, porque de cincuenta y dos en cincuenta y dos años tienen muy solemnes fiestas, con grandísimas ceremonias, según después trataremos. Contados estos cincuenta y dos años, tornan á contar de nuevo por la orden arriba puesta, otros tantos, comenzando de ce tochtli, y luego otros y otros; pero siempre comienzan del conejo. Así que con esta manera de contar tienen memoria de ochocientos y cincuenta años, y saben muy bien cada cosa en qué año aconteció, qué rey murió y qué hijos tuvo, y todo lo al que atañe á la historia.

Cinco soles, que son edades

Bien alcanzan estos de Culúa que los dioses criaron el mundo, mas no saben cómo; empero, según ellos fingen y creen por las figuras ó fábulas que de ello tienen, afirman que han pasado, después acá de la creación del mundo, cuatro soles, sin éste que ahora los alumbra. Dicen pues cómo el primer sol se perdió por agua, con que se ahogaron todos los hombres y perecieron todas las cosas criadas; el segundo sol pereció cayendo el cielo sobre la tierra, cuya caída mató la gente y toda cosa viva; y dicen que había entonces gigantes, y que son de ellos los huesos que nuestros españoles han hallado cavando minas y sepulturas, de cuya medida y proporción parece como eran aquellos hombres de veinte palmos en alto; estatura es grandísima, pero certísima; el sol tercero faltó y se consumió por fuego; porque ardió muchos días todo el mundo, y murió abrasada toda la gente y animales; el cuár-

sol feneció con aire; fué tanto y tan recio el viento que hizo entonces, que derrocó todos los edificios y árboles, y aun deshizo las peñas; mas no perecieron los hombres, sino convirtiéronse en monas. Del quinto sol, que al presente tienen, no dicen de qué manera se ha de perder; pero cuentan cómo, acabado el cuarto sol, se oscureció todo el mundo, y estuvieron en tinieblas veinticinco años continuos; y que á los quince años de aquella espantosa oscuridad los dioses formaron un hombre y una mujer, que luego tuvieron hijos, y dende á diez años apareció el sol recién criado, y nacido en día de conejo; y por eso traen la cuenta de sus años desde aquel día y figura. Así que, contando de entonces hasta el año de 1552, há su sol ochocientos cincuenta y ocho años; por manera que há muchos años que usan de escritura pintada; y no solamente la tienen desde ce tochtli, que es comienzo del primer año, mes y día del quinto sol, mas también la usaban en vida de los otros cuatro soles perdidos y pasados; pero dejábanlas olvidar, diciendo que, con el nuevo sol, nuevas debían ser todas las otras cosas. También cuentan que, tres días después que apareció este quinto sol, se murieron los dioses; porque veáis cuáles eran; y que andando el tiempo nacieron los que al presente tienen y adoran; y por aquí los convencian los religiosos que los convertían á nuestra santa fe.

Chichimecas

Hay en esta tierra, que llaman Nueva-España, muchas y muy diversas generaciones; dicen que la más antigua es los chichimecas, y que vinieron de Aculuacán, que es más allá de Xalixco, cerca de los años de 720 que Cristo nació,

reduciendo su cuenta á la nuestra; y que muchos de ellos poblaron al rededor de la laguna de Tenuchtitlán; pero que se acabaron ó se perdió su nombre, mezclándose con otros. No tenían rey cuando entraron aquí; no hacían lugar, ni aun casa; moraban en cuevas y por los montes, andaban desnudos, no sembraban, no comían maíz ni otras semillas, ni pan de ninguna suerte, manteníanse de raíces, hierbas y frutas del campo; y como eran muy diestros de tirar un arco, mataban muchos venados, liebres, conejos, y otros animales y aves, y comían toda esta caza, no guisada, sino cruda y seca al sol; también comían culebras, lagartos y otras sabandijas así, sucias, asquerosas y bravas, y aun hoy día hay muchos de ellos allá en su naturaleza que viven así. Siendo, empero, tan bárbaros y viviendo vida tan bestial, eran hombres religiosos y devotos; adoraban al sol, ofrecíanle culebras, lagartijas y semejantes animalejos; ofrecíanle asimismo todo género de aves, desde águilas hasta mariposas; no hacían sacrificio con sangre, no tenían ídolos, ni aun del sol, á quien tenían por uno y solo dios; casaban con una sola mujer, y aquella no parienta en grado ninguno; eran feroces y belicosos, á cuya causa señorearon la tierra.

Aculuaques

Setecientos y setenta ó más años há que vinieron á esta tierra de la laguna unas gentes muy guerreras, pero de mucha policía y razón, que se llamaron los de Aculúa. Estos comenzaron, luego en viniendo, á poblar lugares y sembrar maíz y otras legumbres, y usaban de figuras por letras. Era gente de lustre, y había entre ellos algunos señores. Fundaron sobre la laguna á Tullancinco, que fué

su primera puebla; y porque venían de Tulla, poblaron luego á Tullán, y después á Tezcuco, y de allí á Couatlíchán, de donde fueron á Culuacán, que otros dicen Coyoacán, y en él asentaron y residieron muchos años. Estando allí hicieron unas casillas y chozuelas en una isleta alta y enjuta de la laguna, al rededor de la cual había ciertas charcas y manantiales, que creo llamaban Méjico; las cuales casas pajizas fueron el comienzo de la gran ciudad Méjico Tenuchtitlán. Había cerca de doscientos años que estaban allí estos de Aculúa, cuando comenzaron los chichimecas á desechar la rudez y bárbaras costumbres que tenían, y á comunicar con ellos por matrimonio y contrataciones; que antes ó no habían querido ó no osaban.

Mejicanos

En este medio tiempo llegaron á esta tierra los mejicanos, nación también extranjera y en aquellos reinos nueva, aunque algunos quieren sentir que son de los mismos de Aculúa, por cuanto la lengua de los unos y de los otros es toda una; y dicen que no trajeron señores, sino capitanes. Entraron también ellos por Tullán, y caminaron hacia la laguna; poblaron á Azcapuzalco, y luego á Tlacopán y Chapultepec, y de allí edificaron á Méjico, cabecera de su señorío, por oráculo del diablo. Crecieron tanto en hacienda y reputación, que en muy breve fueron mayores señores en la tierra que los de Aculúa ni que los chichimecas. Dieron guerra á sus vecinos, vencieron muchas batallas; tuvieron esto, que á los que se les daban, ponían ciertos tributos ó parias, y á los que les resistían, robaban y servíanse de ellos y de sus hijos y mujeres por esclavos. Comenzaron por vía de religión. Añadiéronle luego las

armas y fuerza, y después codicia, y así se quedaron señores de todo, y pusieron la silla de su imperio en Méjico. Traían cuenta y razón con el tiempo por escrito de figuras, si ya no la tomaron de aquellos otros de Aculuacán después que trabaron con ellos amistad y parentesco.

Según los libros de esta gente, y común opinión de sus hombres sabios y leídos, salieron estos mejicanos de un pueblo llamado Chicomuztotlh, y todos nacieron de un padre, dicho por nombre Iztacmixcoatlh, el cual tuvo dos mujeres. En Ilancueitl, que fué la una, hubo seis hijos. El primero se llamó Xelhúa, el segundo Tenuch, el tercero Ulmecatlh, el cuarto Xicalancatlh, el quinto Mixtecatlh, el sexto Otomitlh. En Chimalmath, que fué la otra mujer, hubo á Quezalcoatlh.

Xelhúa, que era el primogénito y mayorazgo, fundó y pobló á Cuahuquechulán, Izcuacán, Epatlán, Teupantlán, Teouacán, Cuzcatlán, Teutitlán y otros muchos lugares.

Tenuch pobló á Tenuchtitlán, y de él se dijeron al principio Tenuchca, según algunos cuentan, y después se llamaron Méjica. De este Tenuch salieron muchas personas muy excelentes, y sus descendientes vinieron á mandar toda la tierra y á ser señores de todo su linaje, y de otras muchas gentes.

Ulmecatlh pobló también muchos lugares en aquella parte á do agora está la ciudad de los Ángeles, y nombró los Totomiuacán, Vicilapán, Cuetlaxcoapán, y otros así.

Xicalancatlh anduvo más tierra, llegó á la mar del Norte, y en la costa hizo muchos pueblos; pero á los dos más principales llamó de su mismo nombre. El un Xicalanco está en la provincia de Maxcalcinco, que es cerca de la Veracruz, y el otro Xicalanco está cerca de Tabasco. Este es un gran pueblo y de mucho trato, donde se hacen grandes ferias, á las cuales van muchos mercaderes de lejos tierras; y los de allí andan por toda la tierra contratando. Hay gran distancia del un pueblo de estos al otro.

Mixtecatlh echó por la otra parte y corrió hasta la mar

del Sur, donde pobló á Tututepec; edificó á Acatlán, que hay del uno al otro cerca de ochenta leguas; y todo aquel trecho de tierra se llama Mixtecapán. Es un gran reino, rico, abundante, de mucha gente y muy buenos pueblos.

Otomithl subió á las montañas que están á la redonda de Méjico. Pobló muchos lugares. Los mejores y el riñón de todos ellos es Xilotepec, Tullán y Otompán. Esta es la mayor generación de toda la tierra de Anauac, la cual, allende de ser muy diferente en la habla, andan los hombres chamorros. También hay quien dice que los chichimecas vienen de este Otomithl, por ser entrambas naciones de baja suerte y la más soez y servil gente que hay en toda esta tierra.

Quezalcoatl edificó, y como dicen algunos, reedificó á Tlaxcallán, Huexocinco, Chololla y otras muchas ciudades. Fué aqueste Quezalcoatl hombre honesto, templado, religioso, santo, y, como ellos tienen, dios. No fué casado ni conoció mujer. Vivió castísimamente, haciendo muy áspera penitencia con ayunos y disciplinas. Predicó, según se dice, la ley natural, y enseñóla con obra, dando ejemplo de buenas costumbres. Instituyó el ayuno, que antes no lo usaban, y fué el primero que en esta tierra hizo sacrificio de sangre; mas no como ahora lo usan estos indios con muerte de infinitos hombres, sino sacando sangre de las orejas y lenguas, por penitencia, por castigo y por remedio contra el vicio de mentir y del escuchar la mentira, que no son pequeños vicios entre esta gente. Creen que no murió, sino que se desapareció en la provincia de Coazacoalco, junto al mar. Tal lo pintan cual yo cuento, á Quezalcoatl; y porque no saben, ó porque encubren su muerte, lo tienen por el dios del aire, y lo adoran en toda esta tierra, y principalmente en Tlaxcallán y Chololla, y en los demás pueblos que fundó; y así le hacen en ellos extraños ritos y sacrificios.

Tanto como dicho es poblaron y anduvieron estos siete hermanos, ó conquistaron; que también se cuenta de ellos

haber sido hombres muy guerreros. Va todo ello muy en suma, así porque basta para declaración del linaje y tierra de estos mejicanos, como por acortar muchos cuentos que sobre esto tienen los indios, que presumen de sangre, y de leídos en sus antigüedades. Los españoles, aunque han procurado saber muy de raíz el origen de los reyes mejicanos, no se determinan á certificar las opiniones; solamente afirman que así como todos los de Méjico y Tezcucó se precian de llamar Aculuaques, así los que son de aquel linaje y lenguaje son hombres de más cualidad y estofa que los otros, y así también, son más estimados y temidos, y su lengua, costumbres y religión es lo mejor y lo que más se usa.

Por qué se dicen aculuaques

Los señores de Tezcucó, que verdaderamente son señores de Aculucacán, y más antiguos que mejicanos, se jactan descender de un caballero que era más alto que ninguno de todos los de aquella tierra, de los hombros arriba, por lo cual le llamaron Aculli, como si dijésemos el hombro ó el alto de hombros, que aculli es hombro, aunque también quiere decir el hueso que baja del hombro al codo. Allende que este Aculli fué hombre de gran estatura, fué asimismo grande en todas sus cosas, especialmente en las guerras, que venció de animoso y valiente.

Los señores de Méjico, que son los mayores y los grandes, y en fin los reyes de los reyes, se precian de ser y de llamarse de Culúa, diciendo que descenden de un Chichimecatlh, caballero muy esforzado, el cual ató una correa al brazo de Quezalcoatl por junto al hombro, cuando andaba y conversaba entre los hombres. Lo que tuvieron

por un gran hecho, y decían: «Hombre que ató á un dios, atará á todos los mortales;» y así, de allí adelante le llamaron Aculhuatli, que como poco há dije, aculli es el hueso del codo al hombro, y el mismo hombro. Valió, y pudo mucho después aquel Aculhuatli, y dió comienzo á sus hijos de tal manera, que vinieron sus descendientes á ser reyes de Méjico en aquella grandeza que Motezuma estaba cuando Fernando Cortés le prendió. Así que parece que vienen de Chichimecatlh, aunque por diversos efectos, y dicen que por diferenciarse tienen aquel cuento los de Tezcucó, y éste los de Méjico.

De los reyes de Méjico

Cuenta su historia que vinieron á esta tierra los chichimecas el año, según nuestra cuenta, de 721 después que Cristo nació. El primer señor y hombre principal que nombran y señalan en la orden y sucesión de su reino y linaje, es Totepeuch, y es de pensar que ó se estuvieron sin rey, como ya en otra parte dije, ó que no declaran el capitán que traían, ó que Totepeuch vivió muy mucho tiempo; que pudo ser, pues murió más de cien años después que entraron en esta tierra. Muerto que fué Totepeuch, se juntó toda la nación en Tullán, é hicieron señor á Topil, hijo de Totepeuch y de edad de veintidós años. Fué rey cincuenta años, ó casi.

Estuvieron sin señor, después que Topil murió, más de ciento y diez años; pero no cuentan la causa, ó quizá se olvidan el nombre del rey ó reyes que fueron en aquel espacio de tiempo. Al cabo del cual, estando allí en Tullán, sobre ciertas diferencias y pasiones que los advenedizos tuvieron con los naturales, se hicieron dos señores. Pien-

san algunos que entre los mismos chichimecas hubo bandos sobre quién mandaría; que como de Topil no quedaban hijos, había muchos deseosos de mandar. Empero de cualquier manera que fué, se tiene por cierto que eligieron dos señores, y que cada uno de ellos echó por su camino con los de su parcialidad ó linaje. Uemac fué un señor, y salió de Tullán por una parte. Nauhiocín, que fué el otro señor, y natural chichimeca, se salió también del pueblo, y se vino hacia la laguna con los de su valía; fué rey más de setenta años, y acaece vivir los hombres mucho tiempo.

Por muerte de Nauhiocín reinó Cuauhtexpetlatl.

Tras Cuauhtexpetlatl fué rey Uecín.

Nonoualcatl sucedió á Uecín.

Reinó después de él Achitometl.

Tras Achitometl heredó Cuauhtonal, y á los diez años de su reinado llegaron los mejicanos á Chapultepec. Esto es según la cuenta de algunos; por ende parece que no tienen mucha antigüedad.

Sucedió en el señorío á éste Achitometl Mazazín.

Á Mazazín heredó Queza.

Tras Queza fué rey Chalchinhtona.

Por muerte de Chalchinhtona vino á reinar Cuauhtlix.

Á Cuauhtlix sucedió Johuallatonac.

Reinó tras Johuallatonac, Ciuhtetl.

Al tercer año que reinaba se metieron los mejicanos á do es ahora Méjico.

Muerto Ciuhtetl, fué rey Xiuiltemoc.

Cuxcux sucedió á Xiuiltemoc.

Murió Cuxcux, y heredóle Acamapichtli. Al sexto año de su reinado se levantó Achitometl, hombre muy principal, y con deseo y ambición de reinar le mató, y tiranizó aquel señorío de Aculuacán cerca de doce años, y no solamente mató al Rey, sino también á seis hijos y herederos. Illancueitl, que era la reina, ó según algunos, ama, huyó con Acamapichcín, hijo ó sobrino, pero héredero forzoso

de Cauatlichán. Doce años después que Achitometl señoreaba, se fué á los montes desesperado, y por miedo no le matasen los suyos, que andaban muy revueltos. Con su ida, ó con las crueldades, muertes, agravios y otros malos tratamientos que había hecho á los vecinos, se despobló aquella ciudad de Culucán, y por falta del rey comenzaron á gobernar la tierra los señores de Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Couatlichán y Huexocinco.

Después que Acamapich se crió algunos años en Couatlichán, le llevaron á Méjico, donde le tuvieron en mucho, por ser de tan alto linaje y legítimo heredero y señor de la casa y estado de Culúa; y como había de ser tan gran príncipe, luego que fué de edad para casarse procuraron muchos caballeros de Méjico darle sus hijas por mujeres. Acamapich tomó hasta veinte mujeres de aquellas más nobles y principales, y de los hijos que tuvo en ellas vienen los más y mayores señores de toda esta tierra; y porque no se perdiese la memoria de Culucán, poblóla, y puso en ella por señor á su hijo Nauhioctn, que fué segundo de tal nombre. Y él asentó y residió en Méjico; fué un excelente príncipe y un gran varón, y cuantas cosas quiso se le hicieron á su sabor, que, como ellos dicen, tenía la fortuna en la mano. Tornó á ser señor de Culucán, como su padre lo fué; fué asimismo rey de Méjico, y en él se comenzó á extender el imperio y nombre mejicano; y en cuarenta y seis años que reinó se ennoblecó muy mucho aquella ciudad Mexicotenuchtitlán. Dejó Acamapich tres hijos, que todos tres reinaron tras él, uno en pos de otro.

Muerto Acamapich, sucedió en el señorío de Méjico su hijo mayor Viciliuitl, el cual casó con heredera del señorío de Cuauhnauac, y con ella señoreó aquel estado.

A Viciliuitl sucedió su hermano Chimapopoca.

A Chimapopoca sucedió el otro su hermano, dicho Izcona. Este Izcona señoreó á Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Couatlichán y Huexocinco. Mas tuvo por acompañados en el gobierno á Nezualcoyocin, señor de Tezcucó,

y al señor de Tlacopán, y de aquí adelante mandaron y gobernaron estos tres señores cuantos reinos y pueblos obedecían y tributaban á los de Culúa; bien que el principal y el mayor de ellos era el rey de Méjico, el segundo el de Tezcucó, y el menor el de Tlacopán.

Por muerte de Izcona reinó Motezuma, hijo de Viciliuitl, que tal costumbre tenían en las herencias, de no suceder en el señorío los hijos á los padres que tenían hermanos, hasta ser muertos los tíos; mas en muriendo, heredaban los hijos del hermano mayor, como hizo este Motezuma.

Tras este Motezuma vino á suceder en el reino una su hija, ca no había otro heredero más cercano; la cual casó con un su pariente, y parió de él muchos hijos, de los cuales fueron reyes de Méjico tres, uno tras otro, como habían sido los hijos de Acamapich.

Axayaca fué rey después de su madre, y dejó un hijo, que llamó Motezuma por amor de su abuelo.

Por muerte de Axayaca reinó su hermano Tizocica.

A Tizocica sucedió Auhizo, que también era su hermano.

Como fué muerto Auhizo, entró á reinar Motezuma, y comenzó el año de 1503. Éste fué á quien prendió Cortés. Quedaron muchos hijos de este Motezuma, á lo que dicen algunos. Cortés dice que dejó tres hijos varones con muchas hijas. El mayor de ellos murió entre muchos españoles al huir de Méjico. De los otros dos, era uno loco y otro perlático. Don Pedro Motezuma, que aún vive, es su hijo, y señor de un barrio de Méjico; el cual, porque se da mucho por vino, no le han hecho mayor señor. De las hijas, una fué casada con Alonso de Grado y otra con Pedro Gallego, y después con Juan Cano, de Cáceres; y primero que con ellos, casó con Cuetlauac. Fué bautizada, y llamóse doña Isabel. Parió de Pedro Gallego un hijo, que llamaron Juan Gallego Motezuma, y de Juan Cano parió muchos. Otros dicen que no tuvo Motezuma más de dos hijos legítimos: á Axayaca, varón, y á esta doña Isabel;

aunque bien hay que averiguar cuáles hijos y cuáles mujeres de Motezuma eran legítimos.

Muerto que fué Motezuma, y echados de Méjico los españoles, fué rey Cuetlauac, señor de Iztacpalapán, su sobrino, ó como algunos quieren, hermano. No vivió más de sesenta días, aunque otros dicen muchos menos. Murió de las viruelas que pegó el negro de Narváez.

Por muerte de Cuetlauac reinó Cuahutimoc, sobrino de Motezuma y sacerdote mayor; el cual, por reinar descansado, mató á Axayaca, á quien pertenecía el reino, y tomó por mujer á la doña Isabel que arriba dije. Este Cuahutimoc perdió á Méjico, aunque la defendió esforzadamente.

La manera común de heredar

Muchas maneras hay de heredar entre los de la Nueva-España, y mucha diferencia entre nobles y villanos, por lo cual pondré aquí algo de ello. Es costumbre de pecheros que el hijo mayor herede al padre en toda la hacienda raíz y mueble, y que tenga y mantenga todos los hermanos y sobrinos, con tal que hagan ellos lo que él les mandare. A esta causa hay siempre en cada casa muchas personas. La razón por donde no parten la hacienda es por no disminuirla con la partición y particiones que una tras otra se harían; lo cual, aunque es muy bueno, trae grandes inconvenientes. El que así hereda paga al señor los tributos y pechos que su casa y heredad es obligada, y no más; y si está en lugar que pagan al señor por cabezas, da entonces aquel hermano mayor tantos cacao por cada hermano y sobrino que tiene en casa, ó tantas plumas ó mantas ó cargas de maíz, ó las otras cosas que suelen pechar; y así, pecha mucho, y parece á quien no lo sabe que es

un desaforado pecho. Y á la verdad, muchas veces no lo pueden pagar, y los venden ó toman por esclavos. Cuando no hay hermanos ni sobrinos que hereden forzosamente, vuelven las haciendas al señor ó al pueblo, y entonces las da el señor ó el pueblo á quien bien les place, con la carga de tributo y servicio que tiene, y no más; bien que siempre hay respeto á darlas á parientes de los que las tuvieron. Y aunque los pueblos hereden á los vecinos, no es para concejo la renta, sino para el señor, del cual tienen tomado á renta, ó como decimos acá, á censo perpetuo, todo el término. Repártenlo por suertes, y contribuyen por rata. En otros lugares heredan al padre todos los hijos, y reparten entre sí la hacienda, que parece más justo y más libertad. Algunos señoríos hay que, aunque hereda el hijo mayor, no entra en posesión sin decreto y voluntad del pueblo, ó sin licencia del Rey, á quien debe y reconoce vasallaje, á cuya causa muchas veces venían á heredar los otros hijos; y de aquí debe ser que en semejantes estados los padres nombran cuál hijo les heredará; y dicen que en muchos lugares dejaba mandado el padre qué hijo tenía de sucederle en el señorío. En los pueblos de república, que se gobernaban en común, tenían diferentes maneras de heredar los estados, pero siempre se miraba el linaje. La general costumbre entre reyes y grandes señores mejicanos es heredar primero los hermanos que los hijos, y luego los hijos del hermano mayor, y tras ellos los hijos del primer heredero; y si no había hijos ni nietos, heredaban los parientes más propincuos. Los reyes de Méjico, Tezcuco y otros sacaban del Estado lugares para dar á hijos y para dotar las hijas; y aun como eran poderosos, querían que siempre los hijos de las mujeres mejicanas, hijas y sobrinas del Rey heredasen el señorío de los padres, si bien no fuesen los mayores ni á los que pertenecía el Estado.

La jura y coronación del Rey

Aunque heredaban unos hermanos á otros, y tras ellos el hijo del primer hermano, no usaban del mando ni creo que del nombre de rey hasta ser ungidos y coronados públicamente. Luego pues que el rey de Méjico era muerto y sepultado, llamaban á cortes al señor de Tezcuco y al de Tlacopán, que eran los mayores y mejores, y á todos los otros señores súbditos y sufragáneos al imperio mejicano, los cuales venían muy presto. Si había duda ó diferencia quién debía de ser rey, averiguábase lo más aina que podían, y si no, poco tenían que hacer. En fin, llevaban al que pertenecía el reino, desnudo todo, excepto lo vergonzoso, al templo grande de Vitcilopuchtli. Iban todos muy callando y sin regocijo ninguno. Subíanlo de brazo las gradas arriba dos caballeros de la ciudad, que para esto nombraban, y delante de él iban los señores de Tezcuco y de Tlacopán, sin entremeterse nadie en medio; los cuales llevaban sobre sus mantas ciertas enseñas de sus dictados y oficios en la coronación y ungimiento. No subían á las capillas y altar sino pocos seglares, y aquellos para vestir al nuevo rey y para hacer algunas ceremonias; que todos los demás miraban de las gradas y del suelo, y aun de los tejados, y todo se henchía: tanta gente cargaba á la fiesta. Llegaban pues con mucho acatamiento, hincábanse de rodillas al idolo de Vitcilopuchtli, tocaban el dedo en tierra y besábanlo. Venía luego el gran sacerdote vestido de pontifical, con otros muchos revestidos también de las sobrepellices que, según en otra parte dije, ellos usan; y sin hablarle palabra, le teñía todo el cuerpo con una tinta muy negra, hecha para aquel efecto; y tras esto, saludando

ó bendiciendo al ungido, rociábale cuatro veces de aquella agua bendita y á su modo consagrada, que dije guardaban en la consagración del dios de masa, con un hisopo de ramas y hojas de caña, cedro y saz, que hacían por algún significado ó propiedad. Poniale después sobre la cabeza una manta toda pintada y sembrada de huesos y calaveras de muerto, encima de la cual le vestía otra manta negra, y luego otra azul, y ambas estaban con cabezas y huesos de muerto, muy al natural pintados.

Echábale al cuello unas correas coloradas, largas y de muchos ramales, de cuyos cabos colgaban ciertas insignias de rey, como pinjantes. Cargábale también á las espaldas una calabacita llena de ciertos polvos, en cuya virtud no le tocase pestilencia, ni le cayese dolor ni enfermedad ninguna, y para que no le aojasen viejas, ni encantasen hechiceros, ni engañasen malos hombres, y en fin, para que ninguna cosa mala le empeciese ni dañase. Poniale asimismo en el brazo izquierdo una taleguilla con el incienso que ellos usan, y dábale un brasero con ascuas de corteza de encina. El Rey se levantaba entonces, echaba de aquel incienso en las brasas, y con gran mesura y reverencia sahumaba á Vitcilopuchtli, y sentábase. Llegaba luego el gran sacerdote, y tomábale juramento de palabra, y conjurábale que tendría la religión de sus dioses, que guardaría los fueros y leyes de sus antecesores, que mantendría justicia, que á ningún vasallo ni amigo agraviaría, que sería valiente en la guerra, que haría andar al sol con su claridad, llover las nubes, correr los ríos, y producir la tierra todo género de mantenimientos. Estas y otras cosas imposibles prometía y juraba el nuevo rey. Daba las gracias al gran sacerdote, encomendábase á los dioses y á los miradores, y con tanto le abajaban los mismos que lo subieron, por la orden que primero. Comenzaba luego la gente á decir á voces que fuese para bien su reinado, y que le gozase muchos años con salud de todo el pueblo. Entonces viérades bailar á unos, tañer á otros, y á todos

que mostraban sus corazones con las muchas alegrías que hacían. Antes de abajar las gradas llegaban todos los señores que estaban en las Cortes y en corte á darle obediencia. Y en señal del señorío que sobre ellos tenía, le presentaban plumajes, sartas de caracoles, collares y otras joyas de oro y plata, y mantas pintadas con la muerte. Acompañábanle hasta una gran sala, é ibanse. El Rey se asentaba en uno como estrado, que llaman tlateco. No salía del patio y templo en cuatro días, los cuales gastaba en oración, sacrificios y penitencia. No comía más de una vez al día, y aunque comía carne, sal, ají y todo manjar de señor, ayunaba. Bañábase una vez al día y otra la noche en una gran alberca, donde se sangraba de las orejas, é incensaba al dios del agua Tlaloc. También incensaba los otros ídolos del patio y templo, ofreciéndoles pan, fruta, flores, papeles y cañuelas tintas en sangre de su propia lengua, narices, manos y otras partes que se sacrificaba. Pasados aquellos cuatro días, venían todos los señores á llevarlo á palacio con grandísima fiesta y placer del pueblo; mas pocos le miraban á la cara después de la consagración. Con haber dicho estas ceremonias y solemnidad que Méjico tenía en coronar su rey, no hay qué decir de los otros reyes, porque todos ó los más siguen esta costumbre, salvo que no suben en alto, sino al pie de las gradas. Venían luego á Méjico por la confirmación del estado, y vueltos á sus tierras, hacían grandes fiestas y convites, no sin borracheras ni sin carne humana.

La caballería del Tecuitli

Para ser tecuitli, que es el mayor dictado y dignidad tras los reyes, no se admiten sino hijos de señores. Tres

años y más tiempo antes de recibir el hábito de esta caballería, convidaban á la fiesta á todos sus parientes y amigos, y á los señores y tecuitles de la comarca. Venían, y juntos miraban que el día de la fiesta fuese de buen signo, por no comenarla con escrúpulo. Acompañaban al caballero novel todos los del pueblo hasta el templo grande del dios Camaxtle, que era el mayor ídolo de las repúblicas. Los señores, los amigos y parientes que convidados estaban, lo subían por las gradas al altar, hincábanse todos de rodillas delante el ídolo, y el caballero estaba muy devoto, humilde y paciente. Salía luego el sacerdote mayor, y con un aguzado hueso de tigre, ó con una uña de águila, le horadaba las narices, entre cuero y ternillas, de pequeños agujeros, y metíale en ellos unas piedrezuelas de azabache negro, y no de otro color; hacía tras esto un gran vejamen, injuriándole mucho de palabras y obras, hasta desnudarlo en carnes, salvo lo deshonesto. El caballero se iba entonces así desnudo á una sala del templo, y comenzaba á velar las armas, asentábase en el suelo, y allí se estaba rezando. Comían los convidados muy de regocijo; pero en acabando, se iban sin hablarle. Como anochecía, le traían ciertos sacerdotes unas mantas groseras y viles que vistiese; una estera y un tajoncillo por almohada, en que se recostase, y otro por silla para sentarse; traíanle tinta con que se tiznase. Púas de metl con que se punzase las orejas, brazos y piernas; un brasero y resina para incensar los ídolos; y si había gente con él, echábanla fuera, y no le dejaban más de tres hombres, soldados viejos y diestros en la guerra, que le industriasen y tuviesen en vela. No dormía en cuatro días sino algunos ratillos, y aquellos asentado; que los soldados le despertaban picándole con púas de metl. Cada media noche sahumaba los ídolos, y ofreciales gotas de sangre que de su cuerpo sacaba. Andaba todo el patio y templo una vuelta al rededor, cavaba en cuatro partes iguales, y allí soterraba papel, copalli, y cañas con sangre de sus orejas, manos, pies y lengua. Tras